

cuerpo femenino, transformar a todos los personajes masculinos en cretinos, feos, hediondos, incapaces de producir un orgasmo en la mujer, con valor para morir misteriosa y precipitadamente en cuanto una de sus mujeres se enamora de ellos, provocar suicidios por descuidar a la mujer, es decir, llevar a carácter de reflexión lo que no es sino un pataleo. La crónica del fascismo cotidiano no podría hacerse nunca seriamente limi-

tando la lucha de clases a hacer idiotas a los patronos. Hay algo más que eso, porque si ese fuera el auténtico problema, no habría tal problema. "La femme de Jean", de Yanick Bellon, y hasta "Balance matrimonial", de Zanussi (que se comenta en estas mismas páginas), han profundizado más seriamente en la situación de la mujer. Y si la militancia feminista no era colocada en un primer plano, ofrecían, sin embargo, unos ingre-

dientes más factibles de producir una cierta toma de conciencia. Sin necesidad de hacer comparaciones (aunque podría recordarse que la misoginia de algunas películas, como las de Buster Keaton o Berlanga, tienen al menos un excelente sentido del humor y no transforman sus impresiones en doctrina), "Yo soy mía" es, sin más consecuencias, una película confusa, mal realizada y sin interés. Lo que no deja de ser

grave cuando ha pretendido convertirse en un hito. ■ D. G.

TEATRO

Constitución, cultura, Congreso

En el turno de las "tribunas populares" que, en diversos lugares de Madrid, están debatiendo el proyecto de Constitución, le llegó la vez al tema de la cultura. La sesión se celebró en la Escuela de Arte Dramático y la iniciativa la tomaron los actores. De la discusión, encabezada por un profesor de Derecho administrativo, varios dirigentes políticos, un ex militar separado del Ejército por sus ideas democráticas, un par de periodistas y representantes de la coordinadora sindical del sector, se desprendió una conclusión fundamental: el escaso interés dispensado al concepto de cultura por la Constitución, resumido en una simple declaración programática cuya concreción dependerá del ulterior desarrollo político.

No faltó en el repaso de responsabilidades la alusión a la prensa, incapaz, en términos generales, quizá atrapada por el anecdotario político, de respaldar los esfuerzos de quienes intentan levantar o proseguir esa cultura de la izquierda, sin la cual ésta se reduce a bien poca cosa. Dejando claro que la cultura no la constituyen unos libros, unas películas y unas representaciones teatrales, sino un nivel de libertad y de madurez colectivos, asociado, entre otras cosas, a la riqueza y extensión de las expresiones artísticas.

También era general la idea de que "el desencanto" no es una respuesta; de que la muerte de Franco ha establecido unos nuevos y más democráticos supuestos, pero que, desprendidas como están de su función "sustitutivamente" política, muchas manifestaciones culturales han sido arrinconadas, como si hubieran perdido su razón de ser al no cubrir lo que antes, coyunturalmente, cubrían. La inversión de los conceptos es obvia. Y mientras nuestros mejores grupos y autores sienten que la nueva fluidez o dinámica social va a permitirles, al fin, dedicar mayor atención a las formas poéticas, superando el obligado esquematismo de la etapa anterior, un

Béjart o la consagración del filósofo

El Ballet del Siglo XX, que dirige Maurice Béjart, acaba de actuar en España. A Madrid ha traído dos programas dedicados, respectivamente, a Stravinsky y Mahler; ambos se han presentado en el Palacio de los Deportes, con tres sesiones para cada uno y excelentes condiciones de precio —mínimo de veinte duros, máximo de cuatrocientas pesetas—: la respuesta del público ha sido muy positiva.

A los integrantes de ese segmento peculiar de público constituido por quienes escribimos de música, en materia de ballet nos toca a menudo marcarnos un pas de deux con la más fea, porque como primera providencia tenemos que hacer constar la falta de orquesta y la consiguiente sustitución de ésta por grabaciones. La sanción de los entendidos al respecto de esta cuestión por demás frecuente es que "enfria" los resultados, y casi siempre tienen razón, aunque no creo que esta vez un foso lleno de aplicados profesores hubiera reportado a Béjart y sus huestes mayor éxito que el grandísimo que obtuvieron. Reflejemos, pues, aquí que las versiones fueron muy apropiadas —lo que no es extraño, habiendo oportunidad para escoger— y que el equipo de sonido encargado de la inevitable suplencia era fantástico en las dos acepciones, literal y figurada, del calificativo; quiero decir que aquello sonaba irreal, pero precioso, lo cual no tiene más problema que el general inherente a eso que paradójicamente se denomina "alta fidelidad".

En cuanto al espectáculo en sí, mi particular impresión, la de quien sólo tangencialmente se relaciona con la materia, es que a Maurice Béjart no le cuadra el término de "coreógrafo", porque lo sobrepasa: al disponer los mo-

vimientos de los individuos y las evoluciones de los conjuntos los carga de unas significaciones que buscan algo más allá del efecto, articulando así un discurso en diferentes planos, en los cuales los elementos, del más simple al más complejo, construyen un sistema expresivo irreductible a esquemas narrativos simplificados, y por esto mismo más directamente imbricado en su condición inicial, la música. Garantizado el contacto con el público por la exacta sincronización y la perfección cálida del espectáculo, Béjart busca para

fuego revolucionario y poeta, el triple e intercambiable protagonista de "Petrouchka" y el pagano celebrante del ritual colectivo en que en sus manos se convierte "La consagración de la primavera"; estoy igualmente seguro de que su espectáculo Mahler, dividido en tres partes que se titulan "Lo que la muerte me dice", "Canción del camarada errante" y "Lo que el amor me dice", podría llevar a su vez como título "Lo que Mahler me dice". Como todos los grandes filósofos, como todos los grandes poetas, Béjart utiliza sus recursos de expresión



este conexiones más profundas con los problemas de fondo de nuestro siglo; hace residir en sus creaciones los temas más acuciantes de la política, el arte y el pensamiento, con la disposición del filósofo romántico: reflexionando en primera persona sobre todos ellos. No me cabe la menor duda de que él es el pájaro de

—en este caso un admirable plantel de extraordinarios bailarines, cuyo alto nivel impide que se destaque a unos sobre otros— para ahondar en sus preocupaciones particulares; a nosotros, posteriormente, nos corresponde llegar a descubrir que también son nuestras. ■ JOSE RAMON RUBIO.

amplio sector, quizá definitivamente deshecho por el franquismo, se dice que el teatro "ha perdido interés" al no cumplir un papel de parlamento. ¡Qué desdichada manera de entender las cosas! ¡Qué concepción más radicalmente reaccionaria del arte!

Paralelamente, el Congreso de Teatro de Madrid, en el que han participado si no muchas sí representativas personalidades de nuestra vida teatral, ha elaborado unas conclusiones que reflejan, precisamente, esa creciente impaciencia de nuestros artistas y su también creciente propósito de tomar iniciativas, de no asistir impasibles —entre el "desencanto" general— a su propio funeral. La larga serie de temas abordados quizá podrían resumirse, incluso antes de entrar en sus contenidos concretos, en la petición de una ley que no sólo subvierte mucho de lo actualmente establecido, sino que dé a la política teatral una serie de criterios objetivos, frente a esa suma de "casos especiales", "relaciones personales" y "peticiones", que sigue siendo la pesada y a veces irritante herencia de la etapa anterior.

De las distintas ponencias, las comisiones han ido extrayendo una serie de conclusiones, sometidas luego a un pleno. La sensatez y el sentido de las mismas es obvio. Y valen, por su coherencia, por su alcance, sin necesidad de entrar en el problema de la representatividad del Congreso. Se trataba de elaborar un análisis de los problemas fundamentales de nuestro teatro y de proponer una respuesta. Y eso, dentro de un Congreso abierto a todo el mundo, se ha hecho.

Decir, por ejemplo, que se solicita la desgravación fiscal para el teatro, es decir, que quienes han intervenido en el Congreso consideran que el teatro es, si quiera potencialmente, una manifestación cultural. Y que es necesario, para que eso se traduzca en acto, cumplir con una serie de requisitos, que van desde la derogación del Reglamento de Policía de Espectáculos a la creación democrática de un Consejo del Teatro, desde el incremento de los presupuestos del Estado hasta un límite de 10 funciones semanales, desde el aumento de la atención que dispensan al teatro la TV y los medios de información a las actividades teatrales dentro de la Enseñanza General Básica...

Con todo lo cual, a fin de cuentas, frente a tantas generalizaciones programáticas, los hombres del teatro madrileño intentan expresar una opinión sobre el modo de concretarlas.

■ JOSE MONLEON.

ADIÓS A LAS LETRAS

Firmas para abortar

Los intelectuales españoles de los últimos cuarenta años han abortado todos clandestinamente. A partir de ahora tratan de abortar a la luz del día. No les va a resultar fácil. Tampoco pudieron los intelectuales imitar de manera completa la boda ácrata de Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, porque el amancebamiento estaba tan prohibido como "Mundo Obrero".

Pero ellos se las podían arreglar. Letan a Henry Miller y a Günter Grass mucho antes de que los editara Jaime Salinas, y hoy pueden andar diciendo por ahí que ambos son dos autores viejos y señoriales, archiconocidos, como Lisboa, mientras que otros van creyendo que la cultura comienza cuando la publica Alfaguara y no antes.

En este momento, los intelectuales se han lanzado a otro ruedo: el del aborto. Para ese viaje necesitan alforjas políticas, y se han pertrechado tras las espaldas de personajes como Ramón Tamames, Marcelino Camacho y Javier Solana.

Entre todos han firmado un documento en el que anuncian su propósito de ayudar a abortar

a las españolas que lo precisen. Lo suyo será dar información amplia y objetiva sobre las circunstancias en que esta operación se realiza en países en los que se halla permitida.

No me imagino yo a Isaac Montero, el novelista, recomendándole a una señora los vericuetos londinenses para que no se pierda entre la maraña de griegos y latinos que describen el paso hacia la clínica del aborto. Pero es muy meritorio que personajes como éste y como Juan García Hortelano y José María Guelbenzu dejen por un rato sus plumas y sus ediciones y salten al ruedo con un cúmulo de información sobre una práctica que es resultado de la libertad de la mujer para usar su cuerpo.

En cualquier caso, me asusta pensarme, como mujer, como transexual o como hombre, ante Marcelino Camacho, oyendo los mejores métodos anticonceptivos o los abortivos más eficaces. ¿No aprovecharía el buen hombre para dictarme la doctrina obrera que acaba de ser ratificada en el Congreso de su central sindical? ¿Y Nicolás Redondo, otro de los firmantes, no trataría de sacar provecho de nuestra relación pro abortiva para describirme los detalles del ingreso de Enrique Tierno Galván en la Unión General de Trabajadores?

¿No trataría Javier Solana de hablarme en inglés? ¿Y Javier Pradera, editor, no utilizaría la ocasión para colocarme la última obra de Arthur C. Clarke, "que te la lees en un minuto, mientras haces el corto viaje"?

En serio: pienso que esta reacción de los intelectuales y de la sociedad en general en favor de una alternativa que en otros países no escandaliza es uno de los gestos más positivos que la intelectualidad y la clase política española han mostrado en los últimos años. Ya Adolfo Suárez no puede ir escuchando sólo a monseñor Tarancon, que está muy pasado y además muy lúgubre, obedeciendo una doctrina vaticana que ve perros rabiosos cada vez que oye la palabra divorcio, aborto o contracepción.

Lo que siento es que, sabiendo estos intelectuales de mis buenos contactos con el mundo clínico inglés, por mi apócrifa profesión de cirujano, no me hayan pedido aún que me integre en ese largo cúmulo de firmas que han logrado las feministas. Es muy probable que estén esperando a que deje la fotografía para poder decidirse a invitarme. ■ SILVESTRE CODAC.

